

OTROPAÍS

ESCALAS AFRICANAS



NEXUS

ET NOX FACTA EST

Le he robado el título de este texto a Victor Hugo. Se trata de un poema en que el viejo maestro nos habla de la caída de Lucifer, antaño ángel favorito de Dios, a los infiernos, donde iba a construir un reino nuevo, contiguo al otro, el del Dios todopoderoso de la cristiandad. En numerosas ocasiones el Dios de la cristiandad nos ha mostrado sus limitaciones. ¿Cómo, por tanto, darle crédito alguno al credo que nos enseña que “Dios es amor, Dios es luz”? Yo jamás he creído en ello. Y no creo. Demasiadas guerras, demasiadas inquisiciones, cruzadas. El Dios con que la humanidad ha convivido secularmente, (al menos la humanidad europea), es un Dios de hierro, de fuego y de sangre. Nos incumbe escribir otra historia. Una historia en que toda la dinámica económica y social que alimenta al mundo industrializado, (el materialismo histórico) se cuestionaría. Las religiones sincréticas del Caribe nos brindan un ejemplo. Al igual que la supervivencia, en África, de una manifestación animista heredada del mestizaje histórico y venidero.

Alguien, dijo una vez, creo que fue Mallarmé, “la carne da pena, y yo he leído todos los libros”. Yo no he leído todos los libros ni falta que hace. Y bueno, en lo que respecta a la carne, mejor no decir nada. Tenemos que escribir nuevos libros que nos cuenten una historia distinta. Y en esta época cuando todas las angustias milenarias se encarnan, especialmente en los conflictos étnicos y religiosos, es esencial levantarse y hablar con una voz nueva. Es un deber que tenemos para con nuestra humanidad a la deriva. Ignoremos a los brujos y a las misas negras. En la faz de la tierra sólo existe lo humano. Este animal cuádruplemente herido. Nos batimos contra molinos de viento. Construimos imperios imaginarios que se derrumban en cuanto la señal de la reconquista es dada. La aceptación de la carencia, es algo, que a pesar de haberlo entendido, no acabo de admitirlo completamente. Evidentemente, Lacan tenía razón. Debemos lamentar todo aquello que no nos ha sido dado vivir, hacer o amar. Y cada convicción conlleva su propia contradicción. Mas, desgraciadamente, sólo somos humanos. Demasiado humanos, llevados a la deriva por nuestros sueños al margen de nuestra experiencia. Hoy, aquí, dispuestos a morir por

esta u otra idea tan bella, y mañana, en el limbo de nuestras dudas personales. No hay cabida para la generosidad, narcisos que somos, demasiado preocupados por la resolución de cierta ecuación cuya respuesta se perdió en la noche de los tiempos. Dios ha muerto nos decía Nietzsche. El arte, por ende, es la celebración de la muerte de Dios. Debemos aún poder creer en esta muerte. Dios jamás ha existido. El filósofo austriaco se equivocó y tuvo que pagarlo con su vida. Yo no querría equivocarme mi lucha. Sólo la vida entraña cierto valor. Y sólo quisiera estar interesado en ella. Por desgracia, alguien trucó los dados repentinamente, y la libertad de que nos hablaba Sartre se ha suprimido. Somos animales reducidos a la condición de contempladores, sin control alguno sobre el sentido de la vida.

Durante mucho tiempo soñé ser como aquel Dios omnisciente y omnipotente que cambiaría el color del mundo. Que transformaría la percepción que podemos tener del cielo y de la tierra, y de nuestros hermanos los humanos. Que cambiaría el orden de las estaciones. Otros antes que yo han vislumbrado esta tarea sobrehumana sin haber tenido oportunidad alguna de éxito. Entonces... entonces seamos *Don Quijotes*, magníficos viajeros a quienes sólo contenta la claridad celeste. No existe combate que valga una sola vida humana.

Cerramos pues los ojos. Imaginamos que estamos por un instante en un espacio que como ciegos no vemos, lanzados, sin aviso alguno, a los oscuros abismos de la noche perenne. ¿Acaso no bajó Orfeo al Averno para rescatar a Eurídice? Soñamos. Siempre cuando cerramos los ojos, y seamos conscientes, no obstante, de que nuestra sencilla voluntad es suficiente para hacer que el sol vuelva a brillar. A veces me gustaría cerrar los ojos para siempre, y probar la exquisita sensación de sólo ser un alma en eterna vagancia, vapuleada por el transcurso del tiempo. Entonces quizás se acallaría definitivamente este turbulento silencio que nos conduce a los límites de nuestra propia voluntad. Y la noche, la perfecta, que todo lo envuelve y lo ahoga, podría al fin descender, sin temor al rechazo.

SIMON NJAMI